

En la corte vireinal fué en aquella época el orador sagrado de más nombradía, de tal suerte, que predicó los sermones más célebres ante concursos escogidos y numerosos. Era entónces vi-rey el Excmo. Sr. D. Fernando de Alencastre Noroña y Silva, duque de Linares, quien hacia tanto aprecio de Solchaga, que le obligaba á predicar en la capilla real, le consultaba sobre los negocios más arduos y seguía su opinion, y por último, confió á él su disposicion testamentaria. Fué confesor de los personajes más notables de la Corte, de la Iglesia y de la sociedad mexicana en aquella época. La Inquisicion le nombró calificador, y hacia tanto peso su parecer, que normaba las decisiones del tribunal.

Pasó de rector al Colegio de San Ildefonso de Puebla, y un ataque apoplético le obligó á retirarse á Celaya á recuperar su salud; de allí pasó á su ciudad natal, y de ésta á San Luis de la Paz, en donde se encontró ya tan restablecido, que pudo volver á México. Una vez en esta ciudad, fué rector del Colegio de San Andrés, prepósito y viceprovincial de la casa Profesa, prefecto general de estudios de San Pedro y San Pablo, y director, por último, de la Casa de Ejercicios de Puebla anexa al Colegio del Espíritu Santo, en cuya casa murió el 3 de Febrero de 1757, á los 86 años de edad.

Aun así, á grandes rasgos, como hemos trazado la biografía de Solchaga, se comprende que fué uno de los más ilustres sacerdotes mexicanos.

Varias y muy pormenorizadas biografías existen de este jesuita, y de una de ellas vamos á tomar un pasaje que dará idea al lector de la justa estimacion que disfrutaba.

Hablando de su muerte, dice el Br. Zelaa:

“Todos mostraron (en Puebla) bastantemente el aprecio y estimacion que hacian de su virtud y admirables prendas, pues concurren á su entierro ambos cabildos, los prelados con sus comunidades religiosas, las personas distinguidas y un numeroso pueblo que aclamando al difunto jesuita por santo, le besaban la mano en el féretro, y mostraban mucho deseo de adquirir alguna prenda suya por devocion. A este fin hicieron no pocos

sus diligencias, contentándose con algun librito de novena, estampa de papel ó vasija de barro que el padre hubiera usado en su persona. Varios sujetos que conocieron más de cerca á este varon admirable, mandaron sacar retratos suyos para conservarlos en su poder en señal del gran concepto y estimacion en que le tuvieron.”

Además, los biógrafos todos del padre Solchaga testifican que ni las consideraciones sociales de que se veía rodeado, ni los puestos que desempeñó, ni sus triunfos oratorios, quebrantaron en lo más mínimo la modestia que le caracterizaba. Sabio, virtuoso, elocuente y humilde, el padre Solchaga es uno de esos tipos del verdadero apóstol, que si fueran comunes, harian amar la religion de Cristo aun á aquellos que no la profesan.

---

### SORIA, Francisco de.

---

Varias obras destinadas á dar idea de los ingenios mexicanos desde la época colonial hasta nuestros dias, hacen mencion de D. Francisco de Soria, que floreció en el siglo XVIII y compuso el *Guillermo*, la *Genoveva*, la *Mágica Mexicana* y algunas otras comedias que se han perdido, como la mayor parte de los monumentos literarios de nuestro país, anteriores á la Independencia. D. Tadeo Ortiz en su importante libro intitulado *México considerado como nacion independiente*, obra digna de ser conocida mucho más de lo que lo es, y Granados en sus *Tardes americanas*, citan con gran elogio á nuestro dramaturgo, mas no nos ofrecen muestra alguna de sus producciones. El poeta popular D. Guillermo Prieto, más entusiasta ó más afortunado que aquellos autores, pudo obtener el *Guillermo* y la *Genoveva*, y

aunque con menor extension de lo que habriamos deseado, consagró á Soria un artículo que se encuentra inserto en el tercer tomo del *Apéndice al Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, publicado por Andrade en 1856.

Prieto, que estudió el *Guillermo* escrito por Soria, dice de él en resúmen lo siguiente: "Sabido es que con Solís se cierra el catálogo de los dramáticos españoles del siglo de oro, y despues hasta Zamora y Cañizares no se encuentra en el siglo XVIII ningun autor digno de llamar la atencion. En esta época de decadencia y estragado gusto tocó la mala suerte de escribir á nuestro D. Francisco Soria, y, como es de suponerse, sus obras se resienten de todos los defectos literarios de que su época adolecia. El *Guillermo* es, propiamente hablando, una comedia heroica, y puede aplicarse en su vista á Soria lo que decia Martínez de la Rosa al hablar de Moreto en esta especie de comedias; esto es, que *deliró como todos, porque no cabia otra cosa*. En nuestro autor se nota elevado ingenio y gallardía, desfigurado con los afeites de un estilo que sin tener la ingeniosa valentía de Calderon, estaba plagado de todas sus extravagancias."

Que Soria poseia vena fácil, se comprende al leer los versos que ponemos á continuacion:

Un reloj de sol un dia  
Mostró un galan á su dama  
Que aunque en amorosa llama  
Fino al parecer ardia,  
Siempre en promesas prolijo  
Y nunca en dar liberal,  
Erraba el punto esencial.  
Tomólo la dama y dijo:  
—Curioso el reloj está,  
Mas un defecto padece.—  
Dijo el galan: —¿cuál es ese?  
—Que señala, mas no da.

Lamentamos no poder ofrecer sino estas brevísimas noticias de D. Francisco de Soria.

## TENA, Agustin.

El Sr. Lic. D. Agustin Aurelio Tena vió la primera luz en Cuitzeo de la Laguna, hoy del Porvenir, el 21 de Noviembre de 1807.

Fueron sus padres el Sr. Mariano Reyes Tena y la Sra. Rosalía Izquierdo, naturales del mismo pueblo.

Despues de haber recibido la instruccion primaria en Cuitzeo, le llevó su padre á Morelia, entónces Valladolid, y le puso en el colegio Seminario Tridentino, como beca pensionista. Mostró tanta aplicacion y un talento tan claro el alumno Tena, que mereció el aprecio y consideracion de todos sus maestros; llegando á distinguirse tanto en los estudios de facultad mayor, que obtuvo por oposicion las becas de Teología y Jurisprudencia; siendo, en su época, el teojurista más distinguido.

En el referido Establecimiento sirvió las cátedras de Latinitad y Elocuencia, así como despues las de Teología y Derecho, habiendo tenido discípulos tan aventajados, como los ilustrísimos Sres. D. Clemente de Jesus Munguía, D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, D. Antonio de la Peña y D. Nicanor Corona; así como varios abogados distinguidos como los Sres. Antonio Florentino Mercado, Antonio García Anaya, Antonio del Moral, Ramon Isaac Alcaraz, Rafael Carrillo, Gabino Ortiz y otros muchos que seria prolijo enumerar.

En 1833, dedicado el Sr. Tena á la carrera del Foro, obtuvo el título de abogado por unánime aprobacion del Supremo Tribunal de Justicia del Estado.

Desde esa época figuró en varios puestos públicos de impor-

tancia, y todos los cuales desempeñó siempre con notable acierto é integridad.

Así, fué regidor del Ayuntamiento de Morelia, diputado varias veces á la Legislatura del Estado; figuró en la terna para Gobernador en union de los eminentes patricios Melchor Ocampo y Santos Degollado.

Desde entónces fué conceptuado el Sr. Tena como liberal entusiasta y una de las figuras más importantes del partido republicano, en cuya virtud, siempre tomó parte en todos aquellos movimientos políticos que tendian á combatir el centralismo.

Hé aquí por qué en tiempo de la Dictadura del General D. Antonio López de Santa-Anna, se vió perseguido por el Gobierno de aquella época y tuvo que andar prófugo en union de su familia, por Uruápan y otros puntos del Occidente del Estado.

En 1848 fué electo diputado al Congreso General, cuyo cargo popular vino á desempeñar.

Restablecido el Gobierno liberal con motivo del triunfo de la revolucion de Ayutla, á fines de 1855, figuró como consejero de gobierno y despues como ministro del Supremo Tribunal de Justicia.

Fué uno de los principales ciudadanos que contribuyeron á sofocar el movimiento revolucionario que se efectuó en Morelia en el mes de Enero de 1856.

Durante la famosa guerra denominada de los tres años, continuó funcionando como magistrado del Supremo Tribunal, hasta que por virtud de la intervencion francesa tuvo que retirarse á Uruápan; y despues, á consecuencia de los sucesos políticos, tuvo que emigrar para México.

Restablecida la Administracion republicana en 1867, en virtud de la caída del imperio, volvió á ser electo magistrado del Supremo Tribunal de Justicia, y así continuó figurando durante las Administraciones de los Sres. D. Justo Mendoza y D. Rafael Carrillo.

Al triunfar la revolucion de Tuxtepec, fué electo diputado al Congreso de la Union por el primer Distrito de Michoacan y

por el de Puruándiro, habiendo optado por la representacion del primero.

Despues entró al Senado, que fué el último cargo público que desempeñó, y cuyo período terminó en Setiembre del año de 1882.

Habiendo sido jubilado por la Legislatura de Michoacan desde el tiempo de la Administracion del Sr. Mendoza, comenzó á disfrutar de su pension desde el mismo año de 1882.

El Sr. Tena era el decano del partido liberal michoacano, y todos le respetaban por su saber, su integridad, y por sus eminentes servicios á la patria. Por eso al fallecer á mediados de 1883 se le tributaron honrosos homenajes.

Inmediatamente que se tuvo noticia de su muerte, el Gobierno dispuso que se hicieran en la imprenta de Palacio las tarjetas mortuorias; una Comision del Supremo Tribunal de Justicia se acercó á la familia del difunto, solicitando el permiso de conducir el cadáver al Palacio Municipal para velarlo, y habiéndolo obtenido, fué depositado en la segunda sala de aquella respetable Corporacion.

En los Palacios de Gobierno y Municipal, en el Colegio de San Nicolás y Monte de Piedad, se enarboló á media asta la bandera nacional, adornándose además los balcones con blancos cortinajes y bandas negras.

Se dispuso que todos los empleados y funcionarios públicos vistieran luto y formaran el cortejo fúnebre que condujo el cadáver de aquel distinguido ciudadano al panteon de San Juan, donde fué inhumado.

El periódico oficial del Estado enlutó sus columnas y publicó unos apuntamientos biográficos que nos han servido para trazar los que preceden, y de los cuales tomamos para terminar, el siguiente elogio:

“Michoacan ha perdido uno de sus hijos más distinguidos; la causa liberal uno de sus partidarios más dignos; el Foro una de sus lumbreras más eminentes; la Magistratura uno de sus miembros más rectos, probos é imparciales; y la generacion presente, un maestro bien respetado y bien querido.”

## TENOCH.

Ninguno con más derechos que Tenoch para figurar en este libro. Por eso le consagramos estos apuntamientos aun cuando no exista dato alguno para precisar la fecha de su nacimiento ni la de su muerte. Su historia se halla envuelta en las tinieblas de nuestros antiguos anales y de las tradicionales leyendas, y sería magna empresa la que tendríamos que acometer hoy que tratamos de honrar su nombre, si un escritor moderno, el Sr. Chavero, no hubiese reunido en su notable estudio sobre el fundador de México, cuanto de más importante pueda apetecerse saber acerca de él. Tomaríamos, pues, del erudito trabajo del Sr. Chavero, lo que sea conducente á nuestro propósito.

Los mexicanos, desde que salieron de Aztlan, estuvieron dominados por dos ideas: ir á un lugar prometido y hacer sacrificio absoluto de toda su existencia á la voluntad del dios. Éste les comunicaba sus órdenes por la voz del sacerdote, jefe de la tribu, de manera que el jefe era verdaderamente el señor absoluto de los emigrantes, que entregaban en sus manos su destino. Los seis primeros jefes, ocupados solamente de su peregrinacion, parece que tan sólo se dedicaron á emplear á su pueblo en la agricultura; pero cuando los mexicanos eligieron rey á Huitzilihuitl, y vino el combate y derrota de Chapultepec, la situacion cambió enteramente. Conseguir el establecimiento de una ciudad en que fundar el culto de su dios, y á la cual vinieron á humillarse los demas pueblos, parecia casi imposible, desbaratadas sus tropas, su rey muerto, y ellos reducidos á la servidumbre; tan sólo podrian levantarse con una volun-

tad de hierro; pero el pueblo no tenia más voluntad que la de su dios, manifestada por el sacerdote jefe de la tribu. De su eleccion iba á depender todo su porvenir. Nombraron á Tenoch. Tenoch tuvo gran fuerza de voluntad para sufrir en silencio la humillacion de la servidumbre; enérgico y decidido, no renegaba de su dios ni de sus ambiciones de grandeza; pero esperaba. Solamente los grandes corazones saben esperar tranquilos. Llegó el dia en que los colhuas necesitaron de sus prisioneros. Un hombre vulgar habia llevado sus tropas al lado de los xochimilcas y acaso sólo habria cambiado de servidumbre, su pueblo habria corrido la suerte que dos siglos despues cupo á los tlaxcaltecas que aliados á Cortés por huir del poder de Tenochtitlan, cayeron en el abyecto servilismo de los españoles. Su pensamiento fué más grande; salvar á los colhuas; pero aterrorizarlos. Conseguir su libertad de dos grandes pasiones: la gratitud y el miedo. Entónces pensó Tenoch que ya era tiempo de hacer resplandecer á su dios, se le formó un templo y se preparó el primer sacrificio en su servidumbre. Las orejas de los prisioneros no eran bastante; se necesitaba á la vista del rey arrancar el corazon palpitante de los cautivos para colmar su horror. El rey fué convidado, y en presencia de la sangrienta fiesta, fué decidida la libertad de los mexicanos.

Todavía hay en ese acto un rasgo de inmensa energía. El rey manda por ofrenda al dios una inmundicia. Tenoch calla, devora en silencio el ultraje: recibe al rey colhua como si tal afrenta no hubiera hecho; arroja la inmundicia y coloca sobre el altar del dios la yerba de sus ensueños y la obsidiana de su venganza. Tenoch era grande para fundar una nacionalidad.

Libres los mexicanos, no quiere morir sin haberse vengado, y Tenoch sacrifica ante su dios á la hija del rey que lo ultrajó, y cuando destruidos y sin esperanza se creen perdidos para siempre los viajeros, con céspedes de la laguna forma una ciudad junto á una peña oculta á la vista de sus enemigos; levanta un templo á Huitzilopochtli y sacrifica en sus aras como primera víctima al colhua Tlacoichil, aprisionado por Xomimitl.

Y ante tanta constancia y tan inmensa energía, se detienen los

enemigos de los tenochca, nuevo nombre que tomó la tribu viajera al fundar su ciudad.

Tenoch, según los jeroglíficos del padre Durán y de Aubin, había sido electo jefe de la tribu antes de su estancia en Chapultepec, y sin duda resignó el mando cuando los mexicanos nombraron rey á Huitzilihuitl, pero lo recobró después de la funesta muerte de ese rey. Era casado Tenoch con Tohecalpam, y no se sabe que tuviera hijos. La fundación de México por Tenoch, según la opinión más generalizada, ocurrió en el año de 1327. Durante su gobierno, y á los trece años de fundada México, algunos descontentos, capitaneados por Atlaquahuitl, Unicto, Opochtli y Atlacol, se separaron y fueron del otro lado de la isla á fundar Taltitlulco. Tenoch no impidió la separación para evitar una guerra fratricida.

Para terminar transcribiremos otro pasaje del Sr. Chavero:

“Por las pocas noticias que de Tenoch tenemos, dice, se comprende que fué un hombre de gran corazón, de valor decidido, de firmísima fe. Conductor de un pueblo á la tierra prometida por su dios, como Moisés; sacerdote y guerrero como Hidalgo; sabio y prudente como Odiseos; inquebrantable como Juárez, tiene una gloria indisputable: fué el fundador de la nacionalidad mexicana. Para llevar á cabo su obra empleó su vida entera; su corazón indómito sufrió la servidumbre de los colhuas y aceptó la de los tepanecos, y miró en silencio la ingratitud de los tlalquilulcas; él sabía que un pueblo que recibe por legado una venganza, tiene que hacerse grande ó perecer. Dejábales también una ciudad formada con céspedes sobre el agua, y un dios que quería dominar en todas partes. Los tenochca por sus necesidades materiales y por sus ideas religiosas, recibían así la imprescindible exigencia de engrandecerse por la conquista; dejéles un último legado: su nombre. Ya hemos visto que la nacionalidad se llamó tenochca, y la ciudad Tenochtitlan.”

“A veces, termina el escritor citado, parece que la suerte de las naciones está unida á la de ciertos hombres. Mientras los mexicanos fueron grandes y poderosos, conservaron el nombre impuesto por Tenoch: cuando los españoles conquistaron á Mé-

xico, se perdió el nombre de Tenochtitlan. Ingrata á su fundador, la ciudad no lo lleva ya. Pero el destino tiene sus reparaciones: al hacerse nuestra independencia, se mandó que el escudo nacional fuera *el águila mexicana parada en el pié izquierdo sobre un nopal que nazca de una peña entre las aguas de la laguna.*— Un nopal sobre una peña, el jeroglífico de Tenoch. Sí, mientras México sea libre é independiente, al desplegar al viento su gloriosa bandera, mostrará doquier, en medio de sus tres colores, el tunal sobre la peña, el nombre inmortal del inmortal *Tenoch.*”

### TERÁN, Joaquin de Mier y.

Suele el torbellino de las pasiones políticas arrastrar á su paso á ciertas personalidades eminentes que parece deberian ser respetadas por todos los partidos, en atención á sus grandes servicios á la patria en el campo de la ciencia, allí en donde no hay sino ambiciones nobles, en donde el sabio consagra su vida entera á difundir los conocimientos por él adquiridos con admirable dedicación y con entusiasmo sin límites. Y mientras que esto sucede, los verdaderos provocadores de las luchas que aniquilan á los pueblos, los que medran á la hora del triunfo, los que procuran humillar á los vencidos, encuentran de nuevo consideración y honores entre sus mismos contrarios, cuando éstos ascienden al poder.

En la vida del profesor de quien vamos á ocuparnos, se halla una elocuente demostración de la verdad que encierra lo que acabamos de observar. Hombre consagrado á la ciencia desde sus primeros años, dividió sus días entre el estudio y la enseñanza. Su creciente representación social la debió no á malas artes, sino á sus servicios en la instrucción pública, á su recono-